

I

Los acontecimientos registrados durante el pasado año en Madagascar parecen tener profunda significación no sólo en la esfera interna de aquel país, sino en el contexto de todo el Continente africano. El profundo viraje experimentado, entre otros sectores, por la orientación política exterior del Gobierno de Tananarive puede señalar la alineación malgache en la línea de la conducta radical preconizada por la mayoría de los Estados del vecino continente y el abandono de la prudente política mantenida durante más de un decenio por el presidente Tsiranana. En consecuencia, vamos a examinar con cierto detalle los acontecimientos en sí, los factores que les han dado origen y las consecuencias derivadas de los mismos.

\* \* \*

En junio de 1960 se proclamaba la independencia de Madagascar. El acceso a la soberanía de la inmensa isla (590.000 Km<sup>2</sup>) culminaba laboriosas negociaciones desarrolladas entre las autoridades francesas y los representantes malgaches en un clima de amistad y comprensión. La independencia, colocada bajo el signo de la libre asociación, era acogida con entusiasmo por la población malgache.

La figura culminante de esta acción, que había finalizado con la conquista de la soberanía, fue Philibert Tsiranana, uno de los más notables estadistas del mundo afro-malgache. Nacido el 18 de octubre de 1912 en Anahidrano, provincia de Majunga, Tsiranana llegó a ser el jefe del grupo étnico Tsimihety. Hijo de un pastor de ganados, cursó los estudios de Magisterio, siendo destinado a la zona selvática del interior. Después de ampliar estu-

dios en Francia, pasó a enseñar en la escuela técnica de Tananarive hasta 1955. Su actividad política comenzó en 1945, siendo elegido miembro de la Asamblea Provincial de Majunga y de la Asamblea Representativa de Madagascar en 1952. En 1956 fue elegido diputado por Madagascar en la Asamblea Nacional francesa. Inspirado por el socialismo cristiano, Tsiranana fundó el Partido Social Demócrata (PSD), del que fue elegido secretario general el 28 de diciembre de dicho año. Fue vicepresidente y más tarde presidente del Consejo de Gobierno de Madagascar en 1957-58. Tsiranana promovió la adopción de la Constitución de la V República en el referéndum del 28 de septiembre de 1958. Desde el 1 de mayo de 1959 era jefe del Gabinete ministerial y presidente de la República malgache.

Tsiranana—en vez de seguir el ejemplo dado por Nkrumah en el primer país (Ghana), independizado del Africa subsahariana, donde, una vez ocupado el poder, sofocó todas las libertades democráticas para implantar una dictadura—mantuvo siempre el pluripartidismo como base de su política interior. Gracias a Tsiranana fueron respetadas en Madagascar todas las reglas del juego democrático, con la única condición, como hacía constar expresamente, de que algunos sectores no se sirvieran de la democracia para sofocar la propia democracia. Por ello su actitud fue resueltamente anticomunista. La prueba de esta convicción democrática de Tsiranana reside en que, en menos de cuatro años, habían podido constituirse una veintena de partidos políticos y que la prensa de oposición jamás ha sido objeto de coacciones por parte gubernamental. Todo lo cual demuestra que las opiniones eran libres de manifestarse y que eran respetadas por el poder público, ejemplo de tolerancia no frecuente en el Continente africano. Pese a esta proliferación excesiva de partidos, en 1958 los 23 que existían estaban, en realidad, conectados con seis grandes organizaciones: el Partido Social Demócrata (PSD), la Reagrupación Nacional Malgache (RNM), la Reagrupación Cristiana de Madagascar (RCM), la Unión de los Demócratas Sociales de Madagascar (UDSM), el Movimiento Nacional para la Independencia de Madagascar (MONIMA) y el Partido del Congreso para la Independencia de Madagascar (AKFM).

Tal profunda división política corre paralela a la gran diversificación étnica de la isla. Los Hova o Merina son los más numerosos y forman la casi totalidad de los habitantes de la provincia de Tananarive; los Betsimisaraka ocupan la provincia de Tamatave; los Betsileo habitan la provincia de Fianarantsoa, y los Tsimihety, la de Majunga. Otros grupos son los Sakalave,

en las provincias de Tulear y Majunga; los Antaisaka, en la provincia de Fianarantsoa; los Antandroy y los Bara, en la provincia de Tulear, y los Tanala. Pese a los muchos siglos de convivencia en suelo malgache, entre estas diversas entidades étnicas existen hostilidades que no pueden desconocerse y que no han sido superadas en la etapa de mando de Tsiranana, que aspiraba a realizar la completa unidad nacional. Esa unidad resultaba difícil de alcanzar porque cada uno de los grupos étnicos aspira a conservar su propia individualidad. La historia de Madagascar confirma la fragilidad de las tentativas unificadoras. Ya los Sakalave, instalados en la región sudoriental de Tulear, habían acometido en el siglo XVI la conquista de la región de Morondava, pero los reinos creados habían recuperado la independencia en el siglo XVIII, y los Sakalave no habían podido resistir el empuje de los Merina. En el período 1787-1810 el reino Merina fue el más importante de la isla, cuya Monarquía era derrocada en 1895 al producirse la intervención francesa, sin haber llegado a unificar el país.

También el propio aspecto fisiográfico de la isla—condiciones climáticas y edáficas muy variables, que determinan grados muy diversos de fertilidad y riqueza—favorece muy poco las tentativas unificadoras. El desigual nivel de vida entre las diversas provincias determina recelos y suspicacias muy difíciles de extinguir.

Los problemas intrínsecos de este país tan diverso se han agravado durante los últimos años en virtud de la expansión demográfica. Aunque sólo cuenta con 6.200.000 habitantes (11 por kilómetro cuadrado) y es, por lo tanto, un país poco poblado, su actual ritmo de crecimiento es uno de los más elevados del mundo. En 1938 Madagascar contaba con 3.882.000 habitantes. De 1949 a 1952 la población aumentó un 6,1 por 100, pasando de 4.207.000 a 4.463.000. En 1958 había alcanzado ya los cinco millones de almas y todas las provincias habían aumentado su población, excepto Tulear. En Tananarive, el número de habitantes había pasado, entre 1949 y 1952, de 127.780 a 230.000. Esta súbita congestión provocaba grandes fricciones y malestar, ya que los recursos económicos no habían crecido en igual proporción.

\* \* \*

La popularidad de Tsiranana—y del PSD, cuyo emblema es un gato—se demostraba en las elecciones presidenciales de marzo de 1965, que eran las primeras celebradas desde la proclamación de la independencia. En ellas dos millones de malgaches eligieron, por sufragio universal directo, por la

abrumadora mayoría del 97 por 100 de los votos, a Tsiranana como presidente de la República para un mandato de siete años. Las elecciones se anticiparon un año (ya que el mandato anterior expiraba el 30 de abril de 1966) a petición del PSD, debido a la preocupación del jefe del Estado por «dar al país el período de estabilidad necesaria para la ejecución del plan nacional de desarrollo». De los tres candidatos presentados, Tsiranana obtenía 1.216.325 votos; Raseta, 25.960, y Razafiarisoa, 322. El anhelo de Tsiranana de alcanzar un alto grado de estabilidad fue conseguido ampliamente, porque Madagascar, a lo largo de los once años de su mandato directo, pudo evitar las crisis políticas y la inestabilidad que han sacudido incesantemente a la mayoría de los Estados del Continente africano.

La política de Tsiranana, durante el decenio largo que ha regido los destinos malgaches, se centró en torno a una serie de puntos básicos que mantuvo inalterados: anticomunismo, no cooperación con las tendencias radicales de los Estados continentales, condena de la subversión y, finalmente, prioridad al desarrollo económico.

En julio de 1960, Tsiranana subrayaba que el Partido Comunista sólo representaba el 3 por 100 del cuerpo electoral malgache, aunque reconocía que los comunistas preferían actuar encubriéndose bajo un movimiento como el Partido del Congreso—el AKFM, cuyo emblema es una paloma—, en vez de hacerlo bajo su propia organización. La política anticomunista de Tsiranana había de despertar forzosamente la indignación de Moscú, y la Enciclopedia soviética (p. 307) afirma que el PSD «defiende los intereses de la burguesía agraria y comerciante, el clero y los oficiales», opinión que ha sido divulgada constantemente en la prensa del Kremlin. Para impedir la difusión de las doctrinas comunistas, especialmente la china, durante su mandato adoptó una serie de medidas que culminaron en la prohibición de entrada, circulación, distribución y venta de todas las obras que tratasen de la política de la China Popular o de la doctrina de Mao Tsé-tung, según una orden aparecida en el *Diario Oficial de la República de Malagasy* en octubre de 1967. En noviembre de 1968, el ministro de Asuntos Exteriores, Jacques Rabemananjara explicaba esta actitud, afirmando en París que «Pekín pretende considerar como chinas todas las islas del océano Indico, comprendido Madagascar. Ahora bien, nosotros preferimos seguir siendo malgaches que transformarnos en chinos. Por esto nos abstenemos de cualquier relación con los comunistas chinos». La irreductible oposición de Tsiranana al comunismo maoísta le movió a mantener las más estrechas relaciones con Formosa. El embajador

malgache en Taipeh, Arsene Rakotovahini, declaraba en dicha capital el 1 de julio de 1966 que «las naciones africanas se han beneficiado mucho de la República china en sus desarrollos agrícolas y ayudarán a este país en su causa anticomunista».

En esta misma línea de conducta, en enero de 1964, Tsiranana criticaba la decisión de París de reconocer a Pekín: «No estoy de acuerdo—decía—con el Gobierno francés sobre el reconocimiento de la China comunista. Tal vez ello vaya en interés de Francia, pero no en el nuestro.» A continuación expresaba el temor de que dicha decisión facilitase una infiltración política maoísta en su país. También exponía su inquietud por la creciente influencia soviética, especialmente en el África oriental, lo que justificaba, en su opinión, un aumento de la ayuda francesa en el terreno militar. «Nosotros, malgaches—exclamaba—deseamos que Francia nos proporcione los medios más poderosos para defender a nuestro país. Es preciso también que el ejército francés, además del nuestro, esté dotado de medios más poderosos, pues si aceptamos su presencia en nuestro suelo, es para que nos defienda. Si está aquí por pura fórmula, no lo aceptamos.» Las insistentes requisitorias de Tsiranana eran atendidas en París en términos muy modestos. En mayo de 1969 el almirante Evenou, inspector general de la Marina francesa, se entrevistaba con el presidente malgache en el palacio de Andafiavaratra para informarle de que las fuerzas francesas del Sur del océano Indico serían reforzadas con dos barcos patrulleros. Exponía también la situación de las tropas francesas con base en Madagascar y el panorama de la cooperación franco-malgache, especialmente en el ámbito de la ayuda técnica militar.

El realismo político de Tsiranana le hacía ver que la solución de los problemas africanos consistía menos en la subversión ideológica que en el desarrollo económico. Combatió sin tregua los proyectos «revolucionarios» de algunos de sus colegas por reconocer la penuria de realidades que se escondía tras de la hojarasca retórica con que eran presentados. Por ejemplo, durante la cuarta sesión de la «cumbre» africana (19 julio 1964) que se celebraba en El Cairo refutaba irónicamente las tesis de Nkrumah, que propugnaba la creación de un Gobierno panafricano: «Tengo que decirle a mi amigo el doctor Nkrumah que yo no estoy totalmente en contra del proyecto de Gobierno panafricano. Yo estoy por un Gobierno mundial. Pero creo que eso es muy difícil.» Y a continuación exponía los defectos de los dirigentes africanos con una asombrosa franqueza: «Sufrimos de tres enfermedades en la OUA: la verbosidad, ya que todo el mundo quiere hacer su discurso; la demagogia,

ya que todos hacemos promesas que no podemos cumplir, y la complejidad, ya que muchos de nosotros no osamos nunca decir lo que pensamos sobre ciertos problemas.»

Otro punto en el que Tsiranana se mantuvo inflexible fue en condenar la práctica adoptada por ciertos Estados africanos de acoger a los jefes de las oposiciones de países vecinos en sus propios territorios y facilitarles los medios para proseguir su obra conspiradora. En julio de 1964, durante la «cumbre» mencionada de El Cairo, el presidente malgache se expresó claramente: «Yo estoy, por mi parte, siempre dispuesto a acogerlos, pero prohibiéndoles toda actividad política. Nosotros tenemos regímenes políticos diferentes. Si no toleramos otro régimen que el nuestro ¿dónde irá a parar la OUA?» En julio de 1960 había, efectivamente, dado a entender que su Gobierno no dudaría en expulsar a los extranjeros que participasen en actividades políticas. Se refería, no solamente contra quienes ejercitaban acciones subversivas contra otros Gobiernos africanos, sino a aquellos que planeaban conjurar contra el Gobierno malgache, como los miembros de la colonia china de Madagascar, cifrados en unos 13.000, conocidos por subvencionar a los movimientos extremistas. «Los extranjeros que permanezcan tranquilos, serán siempre bien tratados en nuestra casa. Queremos que se asimilen y que hablen nuestra lengua.»

En el terreno económico, Tsiranana consideraba la cooperación franco-malgache como la piedra angular del desarrollo de su país, aunque no excluía otras ayudas complementarias. A finales de enero de 1968 Tsiranana era recibido por el general De Gaulle en El Eliseo y la conversación se centraba, esencialmente, en los temas económicos. Después de la entrevista, el presidente malgache declaraba: «Deseamos que los industriales franceses inviertan en nuestro país para ayudar a su desarrollo. Madagascar es un país tranquilo y pacífico y todo favorece la concurrencia de capitales extranjeros y particularmente franceses. La parte de nuestro presupuesto concerniente a las inversiones financieras en 1968-69 se ha triplicado. Esto es un índice del esfuerzo realizado por la nación malgache para aumentar sus recursos.»

También con la República Federal alemana fortaleció las relaciones económicas. En julio de 1968 se firmaban en Tananarive una serie de acuerdos de cooperación preparados por la Comisión mixta germano-malgache. El más importante de dichos acuerdos concernía a la concesión de dos créditos, cada uno de cinco millones de marcos, destinados, el primero a la financiación de la fábrica textil de Majunga y, el segundo, a la creación de nuevas industrias por intermedio del Banco malgache de desarrollo. También la

fábrica de cerillas de Moramanga, cuyos capitales son alemanes en parte, se beneficiaría de la ayuda técnica germana, para superar las dificultades de fabricación que había hallado. En el plano comercial, los alemanes se declaraban dispuestos a aumentar sus compras en Madagascar a condición de que los precios fueran competitivos y que los productos fueran de calidad constante.

Los esfuerzos de Tsiranana culminaban, en enero de 1969, con la obtención de importantes ayudas económicas concedidas por el Fondo Europeo de Desarrollo (FED) de Bruselas. Ninguno de los Estados africanos asociados se beneficiaba de una ayuda financiera tan extensa como la que consiguió la República malgache, es decir treinta mil millones de francos malgaches durante los años 1960-69. Ese trato de favor se debía a la ejecución de algunos proyectos de desarrollo concebidos durante la época colonial. Secundado por diligentes servicios administrativos, en los que participaban destacadamente técnicos franceses, el Gobierno malgache había podido presentar en Bruselas expedientes apoyados en sólidos estudios obteniendo que setenta proyectos fueran aprobados, algunos ya terminados y otros en curso de realización, así como otros cinco preparados para comenzar inmediatamente. Esta ayuda era tanto más apreciada en Madagascar puesto que se trataba de subvenciones no reembolsables, es decir verdaderos donativos, y había servido para la construcción de un centenar de puentes, más de 900 kilómetros de carreteras y la modernización de la infraestructura ferroviaria y portuaria. Entre los proyectos, entonces, en vías de terminación se encontraba la carretera Sambava-Andapa y la puesta en valor del valle del Bajo Mangoky. El primero de tales proyectos tenía por fin abrir un camino terrestre de comunicación a través de una región rica en productos agrícolas tropicales, que entonces se encontraba aislada del resto del país a causa del quebrado relieve. El segundo tenía por finalidad poner en explotación varios millares de hectáreas en el sudoeste de la isla mediante la extensión simultánea de los arrozales y los campos de algodón.

Tsiranana estaba dispuesto a recibir toda la ayuda exterior que contribuyese al desarrollo malgache a condición de que no procediese de los países comunistas. En tal sentido adoptaba una postura pragmática con respecto a la República Sudafricana, compartiendo la tesis del diálogo con Pretoria, que había lanzado el presidente de la Costa de Marfil, Félix Houphouët-Boigny. Frente al rechazo del diálogo, que sostenían los Estados más extremistas y que se impuso en la OUA, Tsiranana declaraba que era preciso deslindar los aspectos políticos de la cuestión de los aspectos económicos y que su Gobierno

era favorable a aceptar las ofertas de ayuda financiera y técnica que el Gobierno de Pretoria se mostraba dispuesto a conceder a todos los países africanos que lo solicitasen. Demostraba un realismo ausente en otros dirigentes, obsesionados por una postura radical de dureza, que, en definitiva, no hace sino perjudicar el desarrollo económico de sus países respectivos. Realmente resulta dramático para el porvenir africano que algunos de sus dirigentes más caracterizados prefieran entregarse abiertamente en manos de la China Popular que aceptar las generosas ofertas de ayuda de un país como la República Sudafricana, que ha elevado el nivel de prosperidad de sus poblaciones bantúes a términos que no pueden soñar los restantes Estados. En el caso concreto de Madagascar, los capitales sudafricanos estaban potenciando los recursos turísticos malgaches, estableciendo en la isla de Nossi-Be un amplio complejo, dotado de los más modernos adelantos, construyendo hoteles de lujo en diversos puntos de la geografía malgache y concediendo empréstitos para el desarrollo.

África necesita capitales para su desarrollo, y el Gobierno de Pretoria se ha venido manifestando siempre en el sentido de ayudar a los Estados que lo soliciten. Tsiranana fue uno de los gobernantes que aceptó esta ayuda, que tan beneficiosa resulta para su país, y en contrapartida declaraba que la no violencia y la tolerancia—base de su política interna—eran las armas mejores para el diálogo con la República Sudafricana. Esta sensata postura hacía que Pretoria renunciase a construir un dique seco para los petroleros gigantes en El Cabo al enterarse de que Madagascar proyectaba un puerto en agua profunda en la bahía de Narinda con idéntico fin. Dado que desde el fin de la guerra árabe-israelí, el cierre del canal de Suez determina que los petroleros tengan que atravesar el canal de Mozambique, en la ruta de El Cabo, en su camino hacia Europa, el proyecto había de resultar rentable, puesto que los barcos no disponen de ninguna instalación susceptible de acogerlos, avituallarlos y repararlos. Este gesto de desprendimiento de Pretoria no es frecuente en el mundo actual, en que los diversos países no renuncian fácilmente a obtener un provecho económico para favorecer a otro más desvalido. El ministro de Asuntos Exteriores malgache, Rabemananjara, había dicho: «Cuando se trate de política debemos mirar nuestro interés, y el país más próximo a nosotros es Sudáfrica. Por ejemplo, debemos encargar piezas de repuesto para nuestros vehículos a Francia o Alemania, lo que resulta costoso y largo. Las mismas piezas nos las ofrece Sudáfrica, país superdesarrollado, a diez francos, en vez de los veinticinco francos CFA que nos cuestan ahora. Entonces, ¿cuál es nuestro interés?» Paradójicamente, esta postura realista del



Gobierno de Tsiranana, que sólo pretendía el beneficio económico del país y que había de redundar en provecho de los malgaches, era combatido por ciertos sectores de la población, que, cegados por una propaganda calumniosa, preferían su propio perjuicio con tal de no estrechar las relaciones con un Estado que tan generosamente les tendía la mano.

\* \* \*

La continuidad política malgache experimentaba una grave fisura cuando, a finales de enero de 1970, Tsiranana enfermaba en Yaundé, mientras asistía a la reunión de jefes de Estado de la OCAM, teniendo que trasladarse el día 28 en avión especial a París, donde ingresaba en la Salpêtrière. El director de la Radiotelevisión malgache, Ranaivo, que le acompañó durante el viaje, declaraba que «no se ha producido embolia ni pérdida de conocimiento y me siento optimista respecto a la salud del presidente». Estas eufóricas palabras no hacían olvidar que ya en junio de 1966—durante la conferencia de la OCAM en Tananarive—se habían presentado los primeros síntomas de trastornos circulatorios, atribuidos entonces a las fatigas de su largo viaje por el Extremo Oriente. En octubre de 1966 Tsiranana tuvo que ingresar en el hospital de la Pitié, en París, donde los médicos le diagnosticaron diabetes e hipertensión. En julio de 1969 su estado se agravó, teniendo que someterse desde entonces a una cura de reposo.

Esta recaída de enero de 1970 presentaba características más inquietantes, hasta el punto de que pudo pensarse en un fatal desenlace. No obstante, logró superar la crisis. El primer boletín del hospital parisino decía que «el presidente ha experimentado en Yaundé trastornos circulatorios. Está actualmente en observación y en reposo absoluto... Se están efectuando todos los exámenes necesarios y se aplican los tratamientos apropiados».

Tsiranana permaneció hospitalizado hasta el 14 de mayo, y sólo pudo regresar a Tananarive el 24 de dicho mes. Esta prolongada ausencia de cuatro meses había creado en el país graves problemas, afectando a la continuidad y la estabilidad del régimen, fuertemente presidencialista, en el que Tsiranana había impreso un profundo sello personal.

Mientras duraba la ausencia del presidente, Calvin Tsiebo, ex presidente de la Asamblea, que había sido nombrado vicepresidente del Gobierno en diciembre de 1969, se limitaba a despachar los asuntos de trámite. Pero la perspectiva de una vacante de la Jefatura del Estado había fomentado un clima de intrigas y de agitación tendente a alzarse con el poder. A mediados

de febrero, Tsiebo, que había advertido esos síntomas, dirigía una proclama al pueblo instándole a mantener la «disciplina para continuar el pensamiento de nuestro presidente». El PSD, falto del arbitraje de Tsiranana, comenzaba a perder cohesión y se producían enfrentamientos internos, avivándose los antiguos antagonismos entre el ministro del Interior y secretario general del Partido, André Resampa, y el ministro de Asuntos Exteriores, Rabemananjara, resabios que en el pasado habían sido neutralizados hábilmente por el enfermo presidente. La oposición, encabezada por el AKFM, también se agitaba. En virtud de tales factores el panorama de Madagascar, al regreso de Tsiranana, había experimentado cambios significativos.

Poco antes de su enfermedad, a primeros de diciembre de 1969, Tsiranana había disuelto el Gobierno para proceder a un reajuste ministerial. Este acontecimiento había provocado perplejidad porque no se esperaba. Se aseguraba que, mediante este acto, el presidente quería recordar que él—como jefe del Estado y en virtud de las atribuciones que le confería la Constitución—era quien dirigía e instrumentaba la política malgache y que los ministros debían limitarse a ejecutar sus decisiones. Se subrayaba una frase del propio presidente: «Quiero ministros que obedezcan totalmente al jefe del Estado, que ejecuten sus decisiones y posean el sentido permanente de la solidaridad ministerial.» Aunque otros allegados a su círculo íntimo aseguraban que «las razones de la disolución son demasiado numerosas e importantes para que se pueda hablar de ellas». De cualquier modo, el reajuste dejaba incólumes a las principales figuras del anterior Gabinete: Resampa, Rabemananjara y Madana. Los periódicos de la oposición reclamaban el nombramiento de un primer ministro para «hacer frente a la eventualidad de una brusca vacante del poder», sin que Tsiranana aceptase la sugerencia.

Las elecciones municipales de diciembre de 1969 significaron una vez más el duelo entre los dos grandes partidos, PSD y AKFM, dirigido éste por el pastor Richard Andriamanjato. El PSD lograba el triunfo en todas las circunscripciones electorales, excepto en Tananarive (donde el AKFM consiguió 40 puestos, frente a 17 del PSD), y en Ambohimanarina, a extrarradios de la capital, donde el AKFM logró 16 puestos frente a 11 del PSD.

Después del regreso de Tsiranana, el panorama se había enturbiado. En agosto, durante la campaña electoral legislativa para los comicios del 6 de septiembre, se producían airados incidentes en Tananarive entre jóvenes no identificados, armados de bastones, y miembros del AKFM, registrándose varios heridos y siendo necesaria la presencia de la fuerza pública para resta-

blecer el orden. El incidente en sí no revestía demasiada gravedad, pero resultaba alarmantemente significativo porque era la primera vez que se producía un enfrentamiento de esta clase desde la proclamación de la independencia.

A las elecciones del 13 de septiembre de 1970 se presentaba una oposición vigorizada por el curso de los últimos acontecimientos. El AKFM basaba su propaganda en la defensa de «ciertos principios», entre los que incluía el «neutralismo positivo», ya que rehusaba aceptar la tesis del peligro comunista. Al término de su V Congreso nacional, el anterior mes de julio, habían aprobado una moción condenando la política gubernamental de acercamiento a Sudáfrica y Portugal. En el plano económico criticaba el II Plan de desarrollo, «basado en la búsqueda de capitales extranjeros». Es decir, que se ponían en tela de juicio los puntos principales de la política de Tsiranana. Pero el éxito no acompañó tampoco ahora a la oposición, imponiéndose el prestigio personal del presidente malgache y del PSD—que contaba con un millón de afiliados y que dirigía el país durante diez años—, que obtuvo 104 de los 107 escaños de la Asamblea.

Terminadas las elecciones, Tsiranana formaba en septiembre de 1970 un nuevo Gobierno, en el que permanecían Tsiebo, Resampa, Rabemananjara y Madana. Estos cuatro personajes eran nombrados vicepresidentes del Gobierno, siendo directamente responsables ante el presidente de un conjunto de Ministerios. Resampa ocupaba la primera vicepresidencia. Con esta nueva estructuración, Tsiranana trataba de descargarse de parte del trabajo para no comprometer su salud.

Pero en febrero de 1971 Tsiranana se veía precisado a formar un nuevo Gabinete, confirmando en sus funciones a Tsiebo y Rabemananjara. Resampa perdía la primera vicepresidencia y pasaba a ocupar la segunda, siendo sustituido en el Ministerio del Interior y transferido a la cartera de Agricultura.

Los reajustes ministeriales se producían en medio de una tensa atmósfera que denotaba la existencia de corrientes subterráneas de subversión. Se reforzaba la vigilancia en el centro de la capital y especialmente alrededor del palacio presidencial. Nunca, desde 1960, la República había conocido una crisis tan grave.

A este resultado contribuía la acción de elementos subversivos, minoritarios pero activos, que deseaban cambiar la orientación política, interna y exterior, impresa por Tsiranana, con el fin de adoptar un rumbo «progresista». Simultáneamente concurrían las querellas personales y étnicas de algunos dirigentes, como Resampa y Rabemananjara, agudizadas en un momento

en que la enfermedad del presidente parecía dejar abierto el camino a la competición por su sucesión. Como fondo de esta situación, la economía atravesaba notorias dificultades, y muchos malgaches expresaban su descontento por el importante papel que continuaban desempeñando grandes sociedades europeas, que controlaban la parte más importante del comercio del país.

La situación se complicaba durante la noche del 31 de marzo al 1 de abril de 1971 al producirse graves disturbios en la provincia de Tulear, a consecuencia de los cuales se registraban treinta muertos en los primeros momentos. Se enviaban refuerzos policíacos para restablecer el orden y las autoridades detenían a los dirigentes del MONIMA partido de la oposición, al que se atribuía la responsabilidad de los disturbios.

El MONIMA, sigla que significa «Madagascar para los malgaches», se caracterizaba por su decidida oposición al poder central. En 1958 su fundador, Monjajaona, había ordenado a sus partidarios votar negativamente en el referéndum constitucional. La influencia del MONIMA se limitaba casi exclusivamente a Tulear y las comarcas circundantes, pobladas por los Antandroy y Vezo, muy turbulentos, que habían mantenido en jaque a los franceses y que consideraban que la independencia no había mejorado su situación. Realmente, la provincia de Tulear es zona muy árida, dedicada al pastoreo, de dudoso porvenir industrial—a pesar de contar con yacimientos de carbón, mica, hierro y manganeso—por las elevadas inversiones que sería necesario dedicar. Las obras de regadío, que permitirían intensificar los cultivos de arroz, maíz y henequen, no han sido acometidas en la escala necesaria por falta de recursos económicos. Como consecuencia, las poblaciones de Tulear se sienten abandonadas por las autoridades centrales y cunde en ellas el espíritu de rebeldía, estimulado desde Pekín, adonde se había trasladado en diversas ocasiones Monjajaona. Especialmente en 1971, después de dos años de terrible sequía, que había arruinado sus débiles recursos.

El Gobierno ordenaba la disolución del MONIMA y sus máximos dirigentes huían o eran detenidos. Algunos intentaban reagruparse en Ambvombe. El 5 de abril se informaba que habían sido arrestadas más de 200 personas, que serían juzgadas por «incitación a la guerra civil» y «atentado contra la seguridad interior del Estado» lo que, según el Código malgache, era susceptible de ser castigado con la pena de muerte. Los interrogatorios confirmaban la orientación maojista de la rebelión y se descubría que Monjajaona

había asegurado a sus partidarios que «un barco chino comunista desembarcaría armas y municiones, así como expertos militares» cuando se iniciase el alzamiento. El AKFM, según declaraba su presidente, condenaba la violencia, «pero no condenamos a quienes pueden haber sido, de buena fe, víctimas de provocaciones», y agregaba que «en el Sur hay muchas dificultades económicas. Por esto los actos de la población pueden muy bien ser epidémicos y no afectar a la visión global de los asuntos nacionales».

El 6 de abril, Tsiranana anunciaba que durante los días 1 y 2 un centenar de hombres armados había atacado el puesto militar de Soalala hiriendo gravemente a su jefe. Otros cuatro puestos habían sido asaltados por un millar de hombres armados, y sólo la intervención de los paracaidistas había evitado una catástrofe. El balance final de la sublevación, terminada oficialmente el día 14, consistía en 45 muertos y nueve heridos entre los insurgentes y un muerto y 11 heridos entre las fuerzas de seguridad.

Monjajaona era detenido y negaba haber recibido ayuda exterior, basando sus motivos en «la indiferencia de Tananarive ante la gran miseria de los campesinos del Sur», así como en la política de cooperación gubernamental con los antiguos colonizadores para el «mantenimiento de un neocolonialismo que permite a los extranjeros y a una minoría de malgaches privilegiados acaparar los recursos nacionales». Pese a sus negativas, Monjajaona había llegado a la insurrección por el camino del maofismo, partiendo de su odio a los blancos (los «Vahaza») y su antipatía hacia los pueblos de las Altas Llanuras. A estos factores se unía el despecho por haber sido destituido de su cargo de alcalde de Tulear en 1961 por orden de Resampa, ministro del Interior. En su revuelta fue ayudado por la minoría china, que habita la isla y que difunde las consignas subversivas recibidas de Pekín.

Estos acontecimientos producían un fuerte impacto. A finales de mayo, el «buró» ejecutivo del PSD presentaba su dimisión. André Resampa, que durante largos años era considerado como sucesor de Tsiranana, no figuraba en el Gabinete. Resampa no se resignaba a la postergación, y habiendo intentado conspirar, era detenido el 1 de junio y encarcelado en la isla Santa María.

El 31 de mayo Tsiranana, en un discurso, acusaba a Resampa de haber conspirado ayudado por una potencia extranjera. «La potencia extranjera de que os hablo, a pesar de su colosal potencial económico, y contrariamente a Francia, no hace nada para ayudarnos en nuestro desarrollo.» La acusación se concretaba posteriormente contra los Estados Unidos. El 25 de junio el

Departamento de Estado norteamericano protestaba por esta acusación, diciendo que el Gobierno malgache no había presentado ninguna prueba. El día 27, el ministro de Asuntos Exteriores, Rabemananjara, decía que si Tsi-ranana había llegado «a las actuales medidas es que su convicción es total». Como consecuencia de todo ello, el AKFM pedía que «fueran cancelados los acuerdos entre los Gobiernos malgache y norteamericano concernientes a la instalación de la NASA en Imerintsiatosika, ya que, so capa de actividades científicas, forma parte de los proyectos militares del imperialismo americano en esta región del océano Indico». Se pedía también el estricto control sobre los desplazamientos de todos los súbditos americanos y sus actividades, comprendidas las religiosas.

El día 16 de junio Tananarive solicitaba la evacuación británica de la base de Majunga, destinada a los aviones de reconocimiento del tipo Shackleton, que permitían a la Air Force mantener el bloqueo del puerto de Beira (Mozambique), conforme a la petición de la ONU para evitar el aprovisionamiento de Rhodesia de petróleo. Londres accedía a estudiar esta petición.

JULIO COLA ALBERICH